

## **SANTA MARÍA. MADRE DE DIOS**

**1ª lectura** (Números, 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

**Salmo** (66, 2-3.5.6 y 8): *«Que Dios tenga piedad y nos bendiga»*

**2ª lectura** (Gálatas, 4, 4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

**Evangelio** (Lucas 2, 16-21): *Le pusieron por nombre Jesús.*

Empezamos nuestro año civil al mismo tiempo que culminamos la fiesta de la Natividad del Señor. En este día final de su octava, la Iglesia nos invita a contemplar a la Mujer en cuyas entrañas se hizo carne el Hijo de Dios. En la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nos decía la segunda lectura, para recordarnos que la Palabra eterna del Padre se hace carne en las entrañas de María y, así, María alcanza la mayor grandeza que puede alcanzar criatura alguna, ser la *«Madre de Dios»*, como la declaró el concilio de Éfeso en el año 431. Al leer la historia del pensamiento cristiano, uno se queda sorprendido por la capacidad de aquellos hombres y mujeres, sin muchas herramientas académicas, pero con una fe siempre en búsqueda de comprender lo mejor posible el misterio de la vida divina que se nos ha dado.

**¡Nada hay más grande que Dios!** ¿Cómo afirmar que una criatura, por santa y perfecta que sea, pueda ser madre de Dios? Para la lógica humana, bastaba y sobraba con llamarla *“Madre de Cristo”*. Pero en el corazón de los fieles y en la mente de otros pensadores se planteó esta reflexión: Si la criatura que María concibió y dio a luz era Hijo de Dios desde su origen, para acoger y respetar el misterio de la concepción divina, María no podía ser otra cosa que *«Madre de Dios»*.

Por ello, por ser madre de Dios, fue concebida sin pecado, pues dio a luz en virginidad, su hijo viene al mundo por intervención directa de Dios. María al ser madre de Dios es la perfecta redimida: *«Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a Él con un vínculo estrecho e indisoluble, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo»* (Vaticano II *“Lumen Gentium”*), y la que engendra al Hijo de Dios, no podía conocer la corrupción del sepulcro y es asunta en cuerpo y alma al cielo.

Esta unión perfecta con Cristo, esta maternidad divina hace que María sea el modelo perfecto del discípulo de Cristo. Es también el último concilio el que nos recuerda las palabras de san Ambrosio de Milán: *«La Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo»*. Así, María, al ser madre del que es Cabeza de la Iglesia tiene que ser también madre del Cuerpo de la Iglesia. Así la proclamó el papa Pablo VI en el discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II: *«Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título»*.

María, siendo Madre de Dios y de la Iglesia, es madre nuestra, signo de bendición y don de Dios para todos nosotros. Toda la historia de la salvación realizada por Jesucristo quedaría sin sentido. Seguiríamos tan distanciados de la vida divina como lo habían estado hasta entonces todos los pueblos. Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios nos envió a su Hijo nacido de una mujer. Y en él nos hizo sus hijos y envió a nuestros corazones su mismo Espíritu. Por eso podemos llamar a Dios *«¡Abba!»*. Ya no somos siervos, sino hijos y herederos de la misma vida de Dios (segunda lectura).

También hoy, en este primer día del año invocamos la bendición de Dios, por medio de María, para toda la Iglesia y para todo el mundo. Y, sobre todo, pedimos en la bendición, el don de la paz, en este Día Mundial de la Paz, establecido por el papa Pablo VI, el 1 de enero de 1968. Una oportunidad para seguir avanzando en la vida con alegría y paz. En estos primeros días del año, todos nos deseamos felicidad y otras bendiciones. Para un creyente la felicidad no es cosa de la buena suerte, sino el fruto de una existencia vivida en presencia del Señor. Sin duda queremos que el Señor nos bendiga y nos proteja a lo largo de este nuevo año, que haga resplandecer su rostro sobre nosotros y nos conceda su favor y su paz (primera lectura).

Después de las vicisitudes pasadas últimamente con la pandemia Covid19, ojalá pudiéramos comprar un poco de felicidad. Pero no es tan sencillo. Podemos comprar algunos objetos para darlos a quienes amamos o podemos darles un regalo en efectivo. Les haremos pasar un buen rato. Pero la felicidad no se alcanza al recibir un regalo, por muy apreciado, bonito o costoso que pueda ser. Quizás, más que quien recibe el obsequio, podríamos encontrar la felicidad en quien lo da. Hay más gozo y alegría en los que tienen la capacidad de compartir algo de lo suyo.

Tal vez esto parezca suficiente para pasar felices y dicharacheros estos días, contando, como los pastores, a los demás lo que hemos visto y escuchado, y ojalá nos demos tiempo también, como ellos, para seguir alabando y glorificando a Dios. Pero es necesario, además, saber detenernos un momento y acompañar a la que guardaba todas estas cosas en su corazón. Pidiendo a Santa María, Madre de Dios que interceda por nosotros para que seamos constructores de paz allá donde nos encontremos.